

admito ser condenado. No hay discurso mas convincente, ni consecuencia mas legitima.

2 Todo pecado mortal le has de considerar como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un género de título que te asegura una desventurada eternidad. ¡Cuántas piadosas industrias discurrieron los santos para tener siempre delante de los ojos esta importante verdad! Unos, al verse acometidos de las mas fuertes tentaciones, escribian estas palabras: *Si cometo este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, arrimando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian vivir eternamente entre los ardores sempiternos; y otros en fin se hacian familiares este pensamiento y esta verdad tan importante: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia, si tengo la desdicha de condenarme.*

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SAN ZACARÍAS, sacerdote y profeta, padre de S. Juan Bautista. (S. Lucas, evangelista, en el principio de su Evangelio, hace elogios de este santo profeta, y de sus virtudes, sobre lo cual se escribió lo que de él se dice en el principio de la NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA, dia 24 de Junio. Por lo que respecta á la historia de su muerte tiene dificultades por la contrariedad que se nota en los autores que de ella escriben. S. Juan Crisóstomo, con S. Epifanio, es de parecer que Zacarias fué muerto por mandado del rey Herodes, porque no le quiso dar á su hijo el Bautista, para que fuese muerto entre los demás niños inocentes; lo cual contradicen otros graves autores, diciendo, que por estar la casa de Zacarias en el distrito de Belen, Isabel, la madre del Bautista, avisada del cruel edicto contra los niños inocentes, se fué al desierto con su hijo, adonde ella murió, y el niño quedó en poder de ángeles á quienes Dios dió cargo de su crianza. Otros dicen se escondió Sta. Isabel con su hijo en un monasterio de los hijos de los profetas, descendientes del patriarca S. Elias, y que allí se crió el niño Juan en el Instituto carmelítico, y esta opinion es la mas corriente y comun. Pero sean cuales fueren las circunstancias de la muerte del profeta Zacarias, es lo cierto que él es un grande Santo y tiene en el cielo eminente lugar entre los Patriarcas y Profetas.)

SANTA ISABEL, madre del mismo S. Juan Bautista.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX, presbítero, y EUSEBIO, monge, en Terracina en Campaña: habiendo el último enterrado á los santos mártires Juliano y Cesario, y convertido á muchos á la fe católica, á los cuales bautizaba el presbítero Felix, juntamente con él

fué preso y llevado al tribunal del juez, y no pudiendo ser vencidos, los llevaron á la cárcel; y aquella misma noche, por no querer sacrificar á los dioses, fueron degollados, (por los años de 360).

LOS SANTOS MÁRTIRES GALACION Y EPÍSTEMA su mujer, en Emesa en Fenicia; los cuales en la persecucion de Decio fueron azotados: y despues de cortarles los pies, las manos y tambien la lengua, finalmente consumaron el martirio siendo degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES DOMNINO, TEOTIMO, FILOTEO, SILVANO Y SUS COMPAÑEROS, item, en tiempo del emperador Maximiano.

SAN MAGNO, obispo y confesor, en Milan. (Floreció en los primeros siglos de la Iglesia.)

SAN DOMINATOR ó DOMINADOR, obispo, en Brescia. (Ferrario en el catálogo de los Santos de Italia cuenta á S. Dominador como otro de los mas esclarecidos pastores de la Iglesia de Brescia.)

SAN FIBICIO, en Tréveris, que siendo abad fué hecho obispo de esta ciudad.

SAN LETO, presbítero y confesor, en Orleans en Francia. (Pasó los primeros años de su infancia en guardar los ganados de su padre. Despues entró en un monasterio, y aspirando aun á vida mas perfecta, se trasladó al de Micy cerca de Orleans, el cual dejó tambien para vivir en una soledad, en la cual adquirió tal reputacion de virtud y santidad que atrajo á su retiro la visita de muchos solitarios famosos y de gran número de personas que iban á admirar su penitencia y la multitud de sus milagros. Acaeció su muerte por los años de 534, y sus reliquias despues de varias traslaciones, se guardan en una iglesia de la diócesis de Orleans.)

SAN MALO ó MACUTO ó MACLOU, OBISPO Y CONFESOR.

FUÉ S. Malo originario de la gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, segun algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tia materna de San-son y S. Maglorio; pudiéndose decir, que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á S. Brandan, varon ilustre en doctrina y en santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Malo claras muestras de su buen ingenio; era muy á propósito para las letras, juntando á la facilidad de aprender, una docilidad y una condescendencia que le hacian amable á todos los monges de la casa; á todos respetaba, á todos servia, y se dejaba amar de todos. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres; huia de todo juego, de toda merienda, de toda ligereza pueril, y era abstinentemente antes de conocer por el nombre á la abstinencia; gustaba de leer, y la oracion tenia para él un especial atractivo. En el invierno no se arrimaba á la lumbre, porque la suplia el en-

cendido fuego del divino amor que abrasaba su corazón. Un niño en quien hacía ya impresión tan viva el amor de Dios, parecía acreedor á que le mirasen con particular esmero los ámorosos ciudadanos de la divina Providencia. Así sucedió. Estaba junto al mar el monasterio de S. Brandan, y sus discípulos salían algunas veces á pasearse á la ribera: una tarde, estando para ponerse el sol, salió el niño Malo á recrearse con sus condiscípulos, y mientras estos se divertían, él se sentó inocentemente en un gran césped ó porción de campo que por todas partes estaba desprendido de la tierra. Quedóse dormido sin que ninguno lo advirtiese; pero llegando mientras tanto la marea, cubrió todos aquellos dilatados espacios que había dejado en seco el retirarse, cercan-do por todas partes al santo niño, y levantando sobre las ondas el verde lecho en que tranquilamente descansaba, pudiéndose decir literalmente, que dormía en el seno de la divina Providencia. Cuando el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sepultado entre las olas. Llamóle, y como nadie le respondiese, se retiró á su convento penetrado de dolor. Apenas amaneció, volvió el santo abad á la ribera, no ya con esperanza de encontrarle vivo, pues le suponía ahogado, sino porque el amor es inquieto, y no se satisface con una sola diligencia. Ibase retirando la marea, y el abad la iba siguiendo, penetrando por lo que dejaba enjuto, cuando vió á su querido hijo sobrenadando en su verde catre, y cantando las alabanzas de Dios en aquella nueva especie de milagroso batel. Acercóse al niño Malo, y supo de su boca el prodigio de la divina Bondad, que quiso sirviese á la conservación de su vida la misma violencia de aquel furioso elemento; y para eterno testimonio del portentoso suceso, el campo nadante donde acaeció, al retirarse la marea, se fijó en el suelo del mar, y formó una pequeña isla que respetan las aguas, sin que se cubra jamás aun en las mareas mas vivas. Un niño en cuyo favor obraba el cielo prodigios, era razón que á solo Dios se consagrara. Tomó, pues, el hábito de religioso, y se agregó á los monges del monasterio de S. Brandan. Fué un modelo de todas las virtudes; pero entre todas sobresalía su humildad. Esto mismo le hizo poco grato á sus hermanos los monges, escitando en ellos cierto género de envidia que declinaba en aversión, y le armaron cierto lazo. Una noche que le tocaba despertar para maitines, le apagaron maliciosamente la lámpara: bajó á la cocina por lumbre para encender una vela; pero el cocinero no se la quiso dar, si no llevaba las brasas encendidas en el hábito. El santo mancebo, que era sencillo como una paloma, las tomó inmediatamente en la mano,

y las echó en el hábito, sin que ni aquella ni éste padeciesen el mas leve daño, y encendidas como estaban las llevó á la celda de su santo abad, la que halló ya toda iluminada con una luz celestial en defecto de la que él no había podido traer. De esta manera aquel Dios, que siempre es protector de los humildes, obró dos prodigios á un mismo tiempo para acreditar el mérito de S. Malo, á cuya vista quedó tan atónito el bienaventurado abad, que se arrojó á sus pies para honrar en su persona las maravillas del poder de Jesucristo; pero el humildísimo mancebo atribuía por su parte todos estos portentosos efectos á la santidad de su maestro; y había entre los dos una santa contienda ó combate de humildad, que se decidió refiriendo entrambos á Dios la gloria de aquellos prodigios. Después de prima tuvieron entre sí una secreta conferencia; y habiendo tomado la resolución de dejar el monasterio, se embarcaron en un navío con ánimo de irse á vivir á alguna isla desierta. Obró muchos milagros S. Malo durante aquel viaje; pero el ángel del Señor los advirtió que no fuesen á buscar tan lejos lo que tenían presente en todas partes: que Dios residía en el corazón del hombre; y no era menester pasar el mar para gozar de su presencia: que la paz inalterable no se hizo para acá abajo, ni hay que esperar encontrarla sino en aquella feliz estancia donde se ve á Dios como es. Después de esta lección que los dió el ángel, se volvieron á su monasterio, donde hallaron tan trocados los corazones de los que los habían dado pesadumbre, que en adelante vivieron todos en una perfecta inteligencia. Pero duró poco la quietud de nuestro Santo, porque le sacaron de la soledad para hacerle obispo. Habiendo muerto el de Guicastel, fué S. Malo electo por unánime consentimiento del clero y del pueblo: resistió cuanto pudo á la voluntad y aclamación universal; pero viendo que nada adelantaba resolvió exonerarse de aquella carga con la fuga. Embarcóse, y se fué á una pequeña isla de Bretaña, donde vivía un santo ermitaño llamado Aaron. Alegróse mucho con su arribo aquel venerable anciano, el cual le declaró su modo de vivir, y los medios de que se valía para domar la carne con todas sus concupiscencias. Armóle mucho á nuestro Santo aquel método de vida, y se determinó á imitarla como lo había hecho en Inglaterra con la de S. Brandan, su primer maestro. Su alimento era un poco de pan y agua, con algunas raíces, y todo con medida: sus delicias la oración y cantar salmos: su pensamiento y su corazón continuamente en el cielo. No distaba mucho de aquella isla la ciudad de Aleth, muy opulenta á la sazón por el gran comercio que se hacía en ella; pero la faltaba

el único verdadero bien que la podia hacer rica para la vida eterna; es decir, el conocimiento de Dios. Habia en la ciudad pocos cristianos, todos los demás eran gentiles. Instaron á S. Malo para que fuese á alumbrar á aquellos pobres ciegos con la luz del Evangelio. Resistióse el Santo por mucho tiempo, temiendo caer en otro empeño semejante al que le habia desterrado de Inglaterra; pero un ángel se le apareció, y le intimó de parte de Dios que fuese á anunciar su divina palabra á aquel pueblo infiel, porque al fin el mismo Dios le tenia destinado para ser su pastor. Sucedió esto cerca de la pascua; y no atreviéndose el Santo á resistir á la voluntad del Señor, entró en Aleth, celebró el sacrificio de la misa en la capillita de los cristianos, y despues predicó en ella. Estendida la voz por la ciudad, concurrió la muchedumbre; y queriendo Dios autorizar la doctrina del nuevo apóstol, permitió ó dispuso su providencia que trajesen un muerto y le pusiesen á la puerta de la capilla. Sintió el Santo un interior impulso de emprender la resurreccion de aquel difunto, para que el mismo milagro moviese al pueblo á solicitar la nueva vida que reciben los cristianos por el sacramento de la regeneracion. Hincóse de rodillas, púsose en oración, y todos estaban aguardando con profundo silencio el fin de aquel suceso. Mientras los ánimos estaban en esta suspension, acabó S. Malo de orar: él se levantó de la tierra, y el difunto del ataud. Atónitos los infieles á vista de aquel prodigio, comenzaron á clamar que Jesucristo era verdaderamente hijo de Dios. A este milagro se siguió inmediatamente otro, porque convirtió la agua en vino para que bebiese el resucitado, confirmando con esto la verdad de su resurreccion, como se dice de Lazaro que comió á la mesa con el Salvador despues que éste le habia sacado de la sepultura. Fué glorificado Dios en aquel dia por la conversion de gran número de idólatras, tan crecido, que apenas bastaban las fuerzas á nuestro Santo para administrar el bautismo á los muchos que le pedian. Habiendo formado, pues, aquella iglesia, se vió precisado á encargarse del cuidado de ella. Mudó de semblante todo el país por la vigilancia del santo pastor: esto irritó al infierno, y el infierno le suscitó muchos enemigos. Hallóse obligado á retirarse, y se refugió á Francia, llegando por mar á la ciudad de Xaintes, cuyo obispo á la sazón era S. Leoncio; esto es, no ya S. Leoncio el antiguo (lo que no se ajusta bien con la cronologia) sino otro Leoncio llamado el *Mozo*, que era arzobispo de Burdeos, metropolitano de Xaintes, y como tal residia muchas veces en aquella ciudad. Abrazáronse estrechamente aquellos ilustres prelados; y como á entrambos los animaba un mismo espíritu, li-

garon una íntima amistad, tanto mas sólida, quanto se fundaba únicamente en la gracia. Cedió liberalmente Leoncio á su desterrado amigo un lugar retirado, donde Malo pensó vivir desconocido; pero el grito de los milagros suena mucho, y descubre muy presto á los santos que los obran. Mientras tanto estaba la Bretaña padeciendo extremas calamidades por la ausencia de S. Malo. Hacíase el cielo de bronce y la tierra de hierro para regar y fertilizar sus campos porque le faltaba su Elías; pero al fin volvió éste á ella, y con él se restituyó la prosperidad á todo el pais. Fué recibido como un ángel, concurriendo á saludarle los príncipes y los obispos, todos los cuales le suplicaron con instancias que jamás los volviese á desamparar retirándose á la ciudad de Aleth; pero el Santo los descubrió un secreto que los afligió estremadamente, declarándolos que Dios tenia dispuesta otra cosa, y que él debia morir en la tierra de su peregrinacion. Con efecto, volvió á tomar el camino de Xaintes; y sabiéndolo su íntimo amigo Leoncio, le salió á recibir con mil demostraciones de su ordinaria bondad. Estuvieron juntos algunos dias empleándolos en las alabanzas de Dios; y despues de una separacion no muy larga, se sintió S. Malo acometido de una fiebre maligna que en tres dias le abrió las puertas de la bienaventurada eternidad, muriendo el año de 612, domingo 15 de noviembre, sobre la ceniza y el cilicio, lleno de merecimientos en una extrema ancianidad. Honróle Dios con tantos prodigios despues de muerto, como durante su milagrosa vida.

Por este Santo tomó su nombre la ciudad de San-Malo; porque á ella fueron llevadas sus reliquias, despues que quedó reducida á aldea la ciudad de Aleth, y trasladada á San-Malo la silla episcopal.

SAN GALACION Y SANTA EPISTEMA, MÁRTIRES.

EN el territorio de Emesa en Fenicia habia un señor muy poderoso, llamado Clitofon, el cual estaba casado con una señora, por nombre Leucipa, nada inferior en nobleza á su marido. Ambos eran gentiles; y no cesaban de pedir á sus dioses con incienso y sacrificios que los concediese un heredero para su casa. ¿Pero qué pueden unos dioses que tienen orejas, y no oyen, que tienen ojos, y no ven? Los dioses fueron invocados, y la esterilidad de la señora no cesó. Por este tiempo perseguia estrañamente á los cristianos el gobernador de Emesa, que se llamaba Segundo; y un santo monge, que se decia Onofre, con el fin de servir mejor á la religion ocultó su hábito, logrando así mas libertad para hablar con los paganos, y atraerlos suave-



S. GALACION
Y STA. EPISTEMA MRS.

mente á la religion cristiana. Iba de casa en casa pidiendo limosna corporal; pero era su intencion distribuir él la espiritual, dando el celestial sustento de la doctrina saludable á los que le querian oír, y buscando almas para conducir las á su Criador. Llegó á la puerta de Clitofon, y pidió la limosna que sustenta el cuerpo, buscando ocasion de repartir la que mantiene el alma. Estaba aquel día Leucipa de mal humor, y mandó que no abriesen la puerta á aquel pobre; mas no por eso se apartó de allí el siervo de Dios, antes se mantuvo pidiendo limosna. En fin, importunó tanto, que al cabo le abrieron la puerta; y como viese á la señora sumamente triste y melancólica, la preguntó el motivo. Ella desahogó su corazon con el pobre, y le declaró, que estaba consumida de tristeza porque no tenia sucesion; y que aunque habia recurrido á todos sus dioses, ninguno de ellos la habia oido. *Muy justo fué que eso sucediese así*, replicó el solitario: *pues qué ¿habian de venir las gracias á los hombres por manos de tales dioses? Esos dioses que adoras, no lo son mas que de nombre, y tanto tienen de poderosos como de divinos. Solo hay un Dios verdadero y todopoderoso, que oye las súplicas de los hombres: reconócele tú, y luego serás madre.* Siguió Leucipa el consejo del siervo de Dios, siendo su corazon como una buena tierra que recibió con docilidad el grano de la divina palabra, y este grano produjo en ella fruto de bendicion, de salvacion y de santidad, premiada en fin con la corona del martirio. Instruyóla Onofre en los misterios de la fe; dispúsola para recibir el bautismo; exhortóla al ejercicio de las virtudes cristianas, y la mostró el hábito de religioso que ocultaba debajo de aquel traje, porque éste le facilitaba la ocasion de hacer conquistás á Jesucristo. Díjole la señora, que tenia mucho miedo de caer en manos de los perseguidores, y mucho mas de que hubiese disensiones entre ella y su marido. Sobre este último punto la sosegó el santo solitario, pronosticándola que Clitofon ciertamente seria cristiano. Rindióse inmediatamente, y despues de suficientemente instruida en los misterios de la fe, recibió el santo bautismo en la huerta de su casa. Poco despues se retiró Onofre, encargándola que fuese fiel á la gracia del bautismo, y guardase inviolablemente la fe de Jesucristo. No fué vana la promesa del Santo: Leucipa fué madre de un hijo, cuya memoria veneramos; y habiendo referido á Clitofon todo lo que habia pasado entre Onofre y ella, conoció al verdadero Dios, y se hizo compañero suyo en la religion. Llamaron Galacion al niño que nació; pero habiéndole reengendrado Onofre en las aguas del bautismo, le puso su mismo nombre.

Nos ha parecido conveniente informar á los lectores de quienes fueron los padres de nuestro santo mártir, para que entiendan que fué un precioso don de Dios como en premio de la docilidad de su madre. Crecia Galacion aun mas en madurez y en prudencia que en edad, siendo de tan despejado ingenio, que dejaba muy atrás á sus propios maestros. Luego que llegó á los veinte y cuatro años trató su padre de casarle, porque la madre habia muerto antes, y puso los ojos en una doncella llamada Epistema, que, salvo la religion, era en todo cabal. Ganóla Galacion para Jesucristo, porque en el lugar donde vivian eran raros los sacerdotes: él mismo la instruyó y la bautizó. Ocho dias despues de bautizada tuvo Epistema la vision siguiente: Vió un magnífico palacio donde estaban en pié tres coros ó clases de personas, que se distinguian por el traje. En una estaban unos hombres venerables todos vestidos de negro: otro se componia de mujeres del mismo traje y color: el tercero era un coro de vírgenes, en cuyo semblante se dejaba ver como retratada la alegría, y en sus frentes resplandecia la misma serenidad. Las que estaban vestidas de negro se representaban con unas alas de fuego, de las cuales se desprendia multitud de chispas que abrasaban cuanto se las ponía delante. Contó Epistema esta vision á su esposo, el cual se la esplicó así: estos tres coros representan aquellas almas dichosas, que retiradas del comercio del mundo, guardan virginidad, y viven segun las máximas del Evangelio, siendo como unos ángeles humanos por su desprendimiento de todo lo terreno: la agilidad de las alas y la actividad del fuego simbolizan admirablemente lo abrasado de su amor, y la ligereza con que corren en el camino de la virtud. Enamorada Epistema de esta esplicacion, y sintiendo en su alma la impresion del divino amor, dijo á su marido: *¿Pues no podíamos nosotros hacer lo mismo, conservando la union de nuestros corazones, y separándonos para vivir mas desprendidos, y para entregarnos mas á Dios?* Apoderado Galacion del mismo divino amor, consentió en la proposicion, encomendaron los dos al Señor su generoso intento, y el Señor los dió gracia para ejecutarle. Repartieron sus bienes entre los pobres, y salieron de Emesa acompañados de Eutolmo, que era el criado de su mayor confianza. Caminaron diez jornadas, y se hallaron en un monte, que los naturales llamaban monte Público, poco distante del monte Sin, donde encontraron un monasterio habitado por diez ó doce monjes. Pidió Galacion el hábito, diéronsele, y Epistema fué admitida en otro monasterio de vírgenes que estaba mas metido en lo interior del desierto. Vivian los dos con una vida de ángeles, sin

otro comercio que con solo Dios, gozando la dulzura de la soledad, sustentándose con oracion y con penitencia, cuando de repente se encendió el fuego de la persecucion que escitó el emperador Decio. Derramáronse por todo el monte Sin los ministros de su impiedad para prender á los solitarios, los cuales huyeron todos, escepto Galacion y otro monge. Hacia la mitad de la noche precedente habia tenido Epistema otro misterioso sueño. Parecióla que habiendo ido á un palacio en compañía de su esposo, el rey de aquella tierra los habia puesto á cada uno una corona en la cabeza. Por la mañana confió este sueño al mayordomo de la casa, quien la aseguró, que el palacio era el reino celestial donde ella habia de reinar con Galacion. Noticiosa la cristiana heroína de que Galacion habia sido preso, se subió á lo mas elevado del monte, y se sentó donde pudiese ver sin ser vista. Pero cuando le vió pasar cargado de cadenas, pudo mas que todo su ardiente deseo del martirio, y corriendo á él exhalada, le dijo enternecida: *Mi señor, y guia de mi alma, no me niegues que soy tuya: acuérdate de lo que concertamos entre los dos.* Dijo; y los soldados la asociaron al santo mártir. ¿Qué no dijo entonces el esposo á su querida esposa para animarla á mantenerse en la fe, y á mostrar una generosidad que acreditase el cristianismo, y á ella la coronase? Pero nuestros dos atletas no entraron en la lid hasta el dia siguiente que señaló el juez para el combate. Mandólos comparecer el presidente, y mirando á Galacion con unos ojos que respiraban cólera y centelleaban indignacion, le dijo: *¿Quién es este miserable que menosprecia á todos los dioses, y solamente reconoce por tal á uno que no merece el nombre de Dios?* Acostumbrado el santo mártir á no temer mas que á solo Dios, no se movió con las palabras de un hombre. Hizo la confesion de su fe, y respondió intrépidamente que era cristiano, y como tal adoraba á Jesucristo, reconociendo que los idolos no merecian otra cosa que la execracion de los pueblos que los adoraban. Costóle cara la generosidad de su respuesta, porque le costó la vida. ¿Pero qué caso ha de hacer de esta vida transitoria un cristiano que tiene en su corazon la vida eterna? No le quitaron de golpe la temporal: probaron su fe alargándole el tormento. Dióse principio á este apaleándole cruelmente; era doloroso el suplicio, y Epistema, que se hallaba presente, recibia por compasion en su alma los golpes que se descargaban en él: hasta entonces solo era mártir, por decirlo así, de los ojos y del corazon; presto lo fué tambien del cuerpo. Viendo aquel suplicio inhumano, no se pudo contener, y reprendió al juez su crueldad. Fué víctima de su zelo, porque el juez mandó des-

cargar sobre su delicado cuerpo una espesa lluvia de palos *para que aprendiese á callar* (así lo dijo él) *delante de sus señores.* No se alteró su constancia, porque el amor de Dios suavizaba los golpes, ó por una especie de prodigio mas admirable, dejando toda su viveza al doloroso suplicio, elevaba el alma sobre la fuerza del dolor. Aun no tenia la corona de los mártires todo el precio que habia de tener, era menester adornarla mucho mas. Mandó el tirano que los metiesen cañas puntiagudas por entre las uñas de los dedos; con este tormento se desató mas su lengua para bendecir á Dios y maldecir á los idolos. Viéndose vencido el tirano, tambien él quiso vencer; mandó que los cortasen la lengua con que maldecian á los idolos y bendecian á Dios; despues dió orden para que los cortasen las manos y los pies: finalmente, para poner el colmo á su impiedad y para consumir su martirio, mandó que los cortasen la cabeza. Este dichoso golpe puso la palma inmortal en las manos de los bienaventurados mártires.

SANTA BERTILLA, ABADESA DE CHELLES.

FUÉ de una de las familias mas ilustres del territorio de Soissons, y nació en el reinado de Dagoberto I, habiendo despues adquirido con su piedad la verdadera nobleza de hija de Dios. Desde su infancia prefirió el amor del Señor al de las criaturas, escusó en cuanto la fué posible la compañía y diversiones del mundo, y empleó siempre su tiempo en cosas serias y especialmente en la oracion. Segun que iba creciendo gustaba mas y mas de las suaves delicias de la conversacion con Dios, con lo que aprendió á despreciar perfectamente al mundo y á desear renunciar de un todo de él. No atreviéndose á descubrir su inclinacion á sus padres, se manifestó en primer lugar á S. Owen, quien la animó en aquella resolucion; pero ambos se tomaron tiempo para pedir al Padre de las luces que les guiase segun su voluntad, y les manifestase qué espíritu era el que á aquel intento la conducia, conociendo muy bien que no todo impulso es del Espíritu Santo. El amor propio se disfraza fácilmente de muchos modos, y el demonio en ocasiones se trasforma en ángel de luz. Para no engañarse por precipitacion en un asunto tan importante como la eleccion de estado es sobre todo necesario un consejo imparcial, la oracion, un exacto exámen de sí propios y una madura deliberacion. Empleados estos medios ya sus padres llegaron á saber los deseos de la hija, á que Dios les inclinó á no contradecir. Lleváronla pues á Jouarre, gran monasterio de Brie, cuatro leguas de Meaux, fundado no mucho antes por los